

## REVISTA DE LIBROS

*Recreative Minds. Imagination in Philosophy and Psychology.* GREGORY CURRIE AND IAN RAVENSCROFT. OXFORD UNIVERSITY PRESS, 2003, 233 pp.

Pocas facultades son tan valiosas para los humanos y otros animales como la capacidad de imaginar. Alabamos la creatividad de los artistas para enseñarnos mundos nuevos o la inventiva de los científicos para ingeniar modelos inéditos de entender la realidad. Es menos común, no obstante, encontrarse con una defensa de la imaginación como una capacidad que no tiene que ver con invenciones sino con *imitaciones* y más aún cuando se nos dice que de estas imitaciones dependen buena parte de nuestras habilidades sociales y de razonamiento práctico.

Gregory Currie nos adelantaba en un libro anterior [*Image and Mind*, 1995] que la imaginación, además de ser responsable de que nos involucremos en obras de ficción, es una capacidad adaptativa en términos evolutivos, muy a pesar de ser un mecanismo de representación aparentemente poco fiable dada la forma errónea en la que podría pensarse que representa el mundo. Siete años más tarde, Currie y el filósofo australiano Ian Ravenscroft, nos exponen de un modo más amplio su teoría sobre la *imaginación recreativa*. Una imaginación que no inventa sino que imita, no *crea* sino *recrea* estados mentales.

La tesis que defienden los autores en este libro es que esta imaginación recreativa es un estado mental diferenciado que nos permite *ponernos en el lugar del otro o en el nuestro propio en el futuro, en el pasado o en una situación contrafáctica*. La imaginación recreativa, además, se diferencia de la *creativa* fundamentalmente en que ésta última no supone necesariamente un cambio de perspectiva y es, al contrario de ésta última, exclusiva de los seres humanos. El hecho de que tengamos dicha facultad explica, de acuerdo a los autores, nuestra capacidad de predecir comportamientos ajenos, con las consecuencias en la sociabilidad que esto conlleva, nuestra habilidad para la planificación y el razonamiento práctico y nuestra capacidad de involucrarnos y de responder emotivamente ante obras de ficción. En contrapartida, una carencia o disfunción de la misma tendría resultados catastróficos como el autismo y la esquizofrenia.

La estructura del libro responde fundamentalmente a tres objetivos: dar cuenta de qué es la imaginación recreativa, de los mecanismos neurológicos en los que se basa y explicar las consecuencias que se derivan de esta capacidad. Así, la primera parte (capítulos 1 y 2), está dedicada a postular lo que es (y lo que no es) la imaginación recreativa y a establecer qué estados pueden englobarse dentro de ella y cuáles no. En la segunda parte (capítulos 3, 4 y 5), los autores se encargan de situar el programa en el que se apoyan, aunque sólo parcialmente: la teoría de la simulación. También en esta sección, los autores discuten el tipo de mecanismo neurológico que estaría detrás de la imaginación. La tercera parte (capítulos 6, 7 y 8) aborda, por un lado, cómo se desarrolla la capacidad imaginativa y proyectiva en los niños, basándose fundamentalmente en los juegos en los que éstos adquieren un *rol* diferente al de sí mismos. Por otro

lado, los últimos dos capítulos de esta sección exponen las consecuencias que se siguen de tener o bien una carencia o bien un exceso de esta capacidad proyectiva y, de este modo, nos ofrecen una explicación original e interesante acerca del autismo y la esquizofrenia. Finalmente, la última parte (capítulo 9) está dedicada a las emociones que se derivan de eventos imaginativos o que apelan a la imaginación (obras de ficción, tragedias, etc.) Aquí se defenderá que las emociones traspasan de algún modo la frontera de la imaginación/creencia de forma que las emociones derivadas de eventos imaginativos convergen con las emociones experimentadas ante las narrativas del mundo real.

La imaginación, para Currie y Ravenscroft, es un estado mental diferenciado cuyas funciones redundan en el desarrollo de nuestra vida social. Este es el caso de la capacidad de *leer la mente* de otros. En una vida en comunidad como la de los humanos, ser capaces de entender y predecir los comportamientos de otros resulta una ventaja adaptativa. Esto supone pensar que nuestras mentes son de algún modo similares y que, por tanto, podemos adoptar estados mentales ajenos para recrear en nuestras mentes razonamientos y pensamientos de otros. Esta es, según los autores, una capacidad que se deriva de la imaginación. La idea es que la imaginación es un estado distinto aunque dependiente de otros —creencias, deseos, percepciones, etc.— en la medida en la que los imita. Y los imita en el sentido en que *copia* los papeles que los diversos estados homólogos desempeñan dentro de un proceso. Así, por ejemplo, la imaginación *tipo-creencia* imitaría el proceso de inferencia de su estado homólogo, la creencia. La imaginación también toma de sus estados homólogos su contenido y su carácter, pero hay que tener en cuenta que el segundo nunca está incluido en el primero, lo que supone que la imaginación implica un discurso directo, esto es, en una imaginación *tipo visión*, por ejemplo, imagino visualmente una escena, y no imagino *que veo* una escena (no me imagino a mí viendo una escena) Según los autores, la imaginación, al contrario que otros estados fácticos, no está conectada de un modo directo con la acción y, cuando la motiva el resultado son actos fingidos (*pretence*).

La explicación de la capacidad de lectura mental ha sido el centro de un debate en el que se han enfrentado tradicionalmente dos perspectivas: la que defiende la teoría de la simulación y la propuesta por los defensores de lo que se ha dado en llamar *teoría-teoría*. La discrepancia central es aquí el grado de dependencia de una teoría psicológica para acometer dicha tarea. Los teóricos de la simulación más puristas como R. Gordon rechazan la necesidad de cualquier tipo de teoría pues suponen que al imaginarnos *siendo el otro sujeto*, nos ponemos en su lugar y, por tanto, cuando la simulación es exitosa, somos capaces de concluir lo que el otro sujeto concluiría de modo inmediato. Currie y Ravenscroft aceptan en parte los presupuestos de la simulación, pero sostienen que es necesario que la conclusión del proceso de simulación sea *teórica y explícita* si éste ha de ser eficaz. Los autores piensan además, que hay parte de la simulación que es teoría y parte que no lo es. Por tanto, el debate yerra en esta polarización, puesto que debería dirimirse entre teoría y no teoría y no entre simulación y teoría.

La capacidad de imaginar, dicen los autores, se fundamenta en la existencia de un mecanismo físico susceptible de ser dañado. Para buena parte de los teóricos de la simulación, el mecanismo que regula los procesos de decisión es el mismo que el que controla la simulación de los mismos y la diferencia entre ambos procesos es que a veces actúa *online* —dando lugar a la acción— y otras *offline*. A pesar de que en *Ima-*

*ge and Mind* Currie defendía esta postura, ahora ambos autores se decantan por rechazarla y sostener en cambio que es la propia naturaleza de la imaginación y no el funcionamiento del mecanismo lo que impide que se desencadene una acción. La imaginación es un mecanismo ejecutivo de dominio general, esto es, que afecta a varios ámbitos de la vida humana. Así, mientras en el dominio mental, la imaginación se encarga de ayudarnos a entender y responder a los pensamientos y sentimientos de otros, hay otros ámbitos donde también utilizamos la imaginación como la planificación o el fingir.

La competencia social sería uno de los dominios afectados por la imaginación, tal que una imaginación defectuosa estaría implicada en problemas como el autismo. Aquí se oponen a posturas defendidas por Baron-Cohen o Alan Leslie que entienden que ésta enfermedad se debe al fallo de un dominio específico. La idea de Currie y Ravenscroft es que desarrollamos a muy temprana edad una capacidad cuasiperceptual para reconocer emociones y la ejercitamos a través de la atención compartida, la imitación o el seguimiento de mirada. Esto contribuye a formar un sistema de protoproyección del que se deriva la capacidad de la proyección imaginativa. Al poseer esta capacidad, podemos fingir y hacer predicciones acerca de comportamientos complejos de otros. Si dichos comportamientos tempranos no tuvieran lugar, el sistema de protoproyección no se desarrollaría y, por tanto, tampoco la capacidad para hacer proyecciones imaginativas.

La esquizofrenia también estaría relacionada, según los autores, con *defectos* en la imaginación. Y esto es porque los delirios propios de esta enfermedad vendrían dados por una incapacidad de distinguir entre creencias e imaginaciones, es decir, que los sujetos esquizofrénicos serían incapaces de monitorizar sus pensamientos. Currie y Ravenscroft sugieren que la imaginación se apoya en parte en sistemas diseñados para el control motor y que, así como somos capaces de hacer un seguimiento de la acción, somos capaces de hacer un seguimiento de nuestros pensamientos. De este modo, la incapacidad de monitorizar la generación autónoma de imaginaciones lleva al paciente a tratar a estos pensamientos como creencias.

Para sostener todas sus tesis, Currie y Ravenscroft se comprometen con presupuestos naturalistas en consonancia con las investigaciones empíricas de neurólogos y psicólogos y, por otro lado, insertan sus tesis dentro de la discusión filosófica académica actual dialogando con interlocutores de distintos campos como la filosofía, la psicología, las neurociencias y las ciencias cognitivas. Esta integración de perspectivas provenientes de distintas disciplinas —que queda evidenciado en una amplísima bibliografía formada en su mayoría por textos muy actuales— constituye, sin duda, una de las mejores cualidades del libro y hacen del mismo una obra rigurosa en la que el lector no sólo se tiene que plantear seriamente la importancia de la *imaginación recreativa* sino que, al tiempo, puede ponerse al tanto —si sigue el rapidísimo ritmo del libro— de debates actuales dentro de la filosofía analítica.

Hay que señalar, no obstante, que el reverso de esta virtud es que los autores parecen centrarse tanto y de un modo tan inmediato en las discusiones académicas que no dan tiempo al lector no iniciado a entender la importancia global de la teoría de la imaginación recreativa. A su vez, los temas que se tratan son muchos y todos ellos complejos, por lo cual pensamos que una mayor extensión hubiera contribuido en buena medida a despejar ciertas dudas y confusiones que se plantean a partir de los temas planteados. Así, por ejemplo, al lector le asaltan preguntas como ¿por qué hemos de postular la imaginación como un estado mental diferenciado? o ¿son las imaginaciones

después de todo, tan distintas a las creencias? Por otro lado, sería conveniente dejar más clara su relación con el controvertido programa de la simulación, puesto que se embarcan en una argumentación compleja que, a pesar de su aparente transparencia, al final no deja del todo claro hasta qué punto se comprometen con ella y si sólo es parcial su compromiso, convendría clarificar el terreno en el que se sitúan las *imaginaciones no simulativas*.

En cualquier caso, lo cierto es que este libro contribuye notablemente a la sistematización del debate en torno a la imaginación tan polémico en las discusiones de los filósofos de la mente —por su filiación con el programa de la simulación— y que tantas expectativas levanta también en la estética analítica. Además, retoma un tema clásico —relegado en el debate académico probablemente por la herencia romántica— y lo sitúan, como Aristóteles, Hume o Kant en las discusiones sobre nuestros procesos cognitivos. En definitiva, creemos que es éste un libro cuyo interés radica tanto en la novedad de sus tesis como en la sistematización de las mismas, en su carácter interdisciplinar ya que tiende puentes entre campos distintos como la filosofía de la mente, la estética y psicología y, sin duda, en la claridad argumental de los autores y su capacidad de reunir en un mismo libro, aunque no siempre en beneficio de la claridad, una buena cantidad de discusiones académicas actuales.

*Paloma Atencia Linares*  
*Universidad Autónoma de Madrid*  
*Facultad de Filosofía y Letras*  
*Cantoblanco, E-28049 Madrid*  
*e-mail: boton@anabasisdigital.com*

*La mano. De cómo su uso configura el cerebro, el lenguaje y la cultura humana*, de FRANK R. WILSON, TRADUCCIÓN DE JAIME GAVALDÁ, BARCELONA, TUSQUETS EDITORES, 2002, 385 pp., 20 €.

“¿Qué sería de nosotros sin las manos? Nuestras vidas están tan llenas de experiencias corrientes en las que intervienen las manos de manera tan hábil y silenciosa que raramente pensamos en lo mucho que dependemos de ellas”. Estas palabras del prólogo del libro que comentamos expresan con claridad el centro de reflexión sobre el que gira la obra de Frank Wilson, un médico especializado en neurología que actualmente vive en California donde dirige el Peter F. Ostwald Health Program for Performing Arts en la Facultad de Medicina de la Universidad de California en San Francisco. La obra que comentamos, *La mano*, es una obra de muy larga génesis, una década, como el propio autor relata en el apartado de agradecimientos. Y no es precisamente una obra de especialista, sino todo lo contrario. Es una obra de un hombre que conjuga un conocimiento muy amplio de aportaciones de la investigación más reciente en paleoantropología evolucionista, neurología, anatomía, psico-lingüística, etc., las cuales son combinadas con su extensa experiencia clínica en el tratamiento de lesiones cerebrales que afectan a la movilidad manual, especialmente en relación con los calambres que afectan dramáticamente a los músicos profesionales. Precisamente este tipo de terapia le llevó a dedicarse al aprendizaje pianístico en una edad ya madura, con el único objetivo de desarrollar un conocimiento corporal como complemento al conocimiento teórico especializado propio de un neurólogo. Este mismo afán le conduciría a la ob-